

LOS FILMS DEL FAR-WEST



UNA NOVELA COMPLETA EN CADA CUADERNO

N.º 3

EL VALLE DEL MISTERIO



—¡Dime qué has hecho de tu víctima!

EL VALLE DEL MISTERIO

(Novela cinematográfica inspirada en la película del mismo título)

SELECCIONES CINÉS

I

E STÁS muy cansado, Pedrín?
— ¡Mucho, querido tío Carlos!

— Te llevaré a cuestas el resto del camino! — propuso el arrogante y guapo mozo que, acompañado aquella mañana por un muchacho de doce años, caminaba por un escabroso sendero, debajo del cual se extendía un valle de aspecto inhóspito y siniestro.

Merecidamente se le llamaba el *Valle del Misterio*, no ya sólo por su apariencia salvaje y terrible, sino por las horrendas cosas que de él se referían.

Otro hombre menos intrépido que Carlos Masters, nuestro viajero, de corazón menos templado y valiente para los peligros, a buen seguro que se habría abstenido de visitar tan lugubre paraje.

¡Cuántos, como él, habían Hollado con su planta aquellos escabrosos y abruptos senderos, con el alma plena de esperanza, halagado el pensamiento por las perspectivas de riqueza y bienestar más brillantes, en la plenitud de la fuerza y de la vida, y ya no se había vuelto a saber nada de ellos, como si los hubiese tragado un abismo!

Allí, entre aquellas montañas solitarias y silenciosas, habían desaparecido para siempre. El oro que dormía en las entrañas de aquella tierra de la cual ni un solo palmo revelaba el cuidado y el afecto del hombre, les había sido funesto.

Sebía esto nuestro viajero; conocía los espantosos hechos que referimos brevemente, pues un hermano suyo, buscador de oro, lleno de audacia y de valor, había desapa-

recido en aquella región, y para buscarlo incansablemente hasta encontrarlo vivo o averiguar noticias concretas y exactas de su muerte, había emprendido aquél penoso viaje, con su pequeño sobrino, cruzando estepas, bosques y montañas que raras veces hollaba la planta del hombre.

Por fin, como hemos dicho al principio de nuestro relato los ojos de nuestros viajeros divisaron el *Valle del Misterio*. Media hora más de camino y se encontrarían en él.

Les faltaba tan sólo unos cincuenta metros para su arribada cuando los ojos de Carlos distinguieron, a la entrada de una caverna, a un ser por demás extraño que, agazapado en el suelo, excavaba la tierra afanosamente.

Un sentimiento de alegría invadió el corazón de Carlos Masters, y con la faz resplandeciente de júbilo dijo a su pequeño compañero de viaje:

— ¡Pedrín querido, tal vez ese hombre pueda darnos alguna noticia que nos guie y oriente! ¡Acérquemonos!

Unos momentos después, Carlos dirigía a aquel habitante de tan grandioso y solitario paraje, un cordial saludo:

— Buenos días, amigo!

Suspendió su trabajo el inquietante personaje y quedóse mirando de hito en hito a los recién llegados, sin pronunciar palabra.

Luego, tras balancear su enorme cabezota, balbuceó:

— ¡Busco oro! ¡Busco oro! Tom el *Tonto* encontrará oro.

Estas escasas palabras, recogidas con avidez por el oído de Carlos, diéreronle a comprender que se las había con un ser extravagante, con

un mísero sujeto cuyo cerebro había probablemente obscurecido la fiebre y la ambición de riquezas.

Sin embargo insistió:

— ¡Escuche usted, buen hombre! ¿Podría decirnos en qué sitio de este paraje existe una mina de oro abandonada hace mucho tiempo?

El pobre idiota lanzó un gruñido y, suspendiendo de nuevo su tareta, levantó el rostro, feo y amenazador.

— Tom el *Tonto* no sabe nada, no quiere a nadie, no percibe otro sonido que el del oro. ¡No oye ni los rugidos del huracán, ni los bramidos del trueno, ni los gritos de los hombres! ¡Sólo conoce y ama el oro! ¡Marchaos! ¡Dejadme buscarlo!

Pedrín, a quien la vecindad de aquel desequilibrado le infundía una especie de terror, dijo en voz baja a su tío:

— ¡Vámonos, querido tío; me da miedo este hombre!

Meditó unos instantes Carlos, examinando con ávida mirada las cercanías, y luego declaró:

— ¡Verdaderamente, no ha sido muy afortunado nuestro encuentro con el primer ser humano con quien hemos topado en esta desolada y salvaje comarca!

» ¡El infeliz es tonto, y por añadidura, más sordo que una tapia!

» Sin embargo estoy cierto de que nos hallamos en el *Valle del Misterio*, al que visitó hace un año mi desgraciado hermano, y en el cual sin duda dejó los huesos...

» Supongo que no será este desdichado y extravagante individuo el único ejemplar humano que habite en estos parajes.

Pronunciando estas palabras Carlos alejóse unos pasos, seguido de Pedrín, que se revolvía de vez en cuando para mirar al perturbado buscador de oro, que su miedo y sus pocos años equiparaban a un espantoso ogro de las fábulas infantiles.

A poca distancia, el declive de

una colina, por el que discurrecía una corriente de agua pura y cristalina, entre unos peñascos enormes, cerca de los cuales la suave brisa mecía unos menguados arbustos, parecióle a Carlos a propósito para descansar unas horas.

— ¡Acamparemos allí — dijo —, y mañana reanudaremos nuestras pesquisas!

— ¡Y pasaremos la noche?

— Sí. No tengas miedo alguno. Mi buen revólver manejado por mi mano, yerra pocas veces el blanco, y como estoy bien provisto de municiones, son muchos los enemigos... Interrumpióse porque en aquél momento su mirada de halcón percibió, a lo lejos, en una pequeña llanura, que se extendía entre las estribaciones de dos montañas, varias figuras humanas y un tóscy primitivo edificio.

Un grito de alegría se le escapó de los labios y extendiendo el brazo en aquella dirección, exclamó:

— ¡Gentile! ¡Allí hay personas! ¡Allí viven seres humanos! ¡Sin duda, es un rancho! ¡Animo, Pedrín!

Mientras tío y sobrino se acercaban al rancho que se divisaba en lontananza, se desarrollaba en éste una escena de intenso interés.

Era dueño del rancho Alejo Paulovich, hombre de unos treinta años, de carácter brutal y pasiones incontenibles.

Con él vivían los hermanos Boris y Olga Ondrinov, ambos hijos del antiguo propietario del rancho, que, al morir nombró tutor de sus dos vástagos al brutal Paulovich.

Enamorado de la belleza y la juventud de la muchacha, quería obligarla a ser su esposa por la fuerza, y la obstinada resistencia, o mejor dicho, la repugnancia que le demostraba la hermosa criatura, no hacia más que exacerbar sus feroces instintos.

La noche anterior había mediado entre ambos una violenta discusión, durante la cual el infame Pau-



... retrocedió unos pasos tambaleándose...

Iovich llegó a maltratar a la bella e indefensa criatura.

Su hermano Boris estaba ausente del rancho, regresando al mismo muy avanzada la noche.

Pero a la mañana siguiente, apenas pudo hablar con él la afligida hermana, enterole de lo ocurrido con voz entrecortada por los sollozos, suplicándole la joven que se quedaran para siempre y cuanto antes de aquél lugar.

— ¡Imposible acceder a tu deseo, Olga querida!

— ¿Por qué?

— No lo adivinas? ¿No recuerdas la última voluntad de nuestro venerado padre? ¿No nos mandó él con expirante voz, según nos dijo Paulovich, que viviésemos aquí, hasta nuestra mayor edad, pues estas tierras, estos edificios son nuestros, y nuestra también la mina de oro del *Vale del Misterio*?

» ¿Cómo desobedecer ese deseo, cómo renuncia a una herencia tan sagrada?

Por toda respuesta la hermosa Olga exhaló un profundo suspiro.

Y fué a decir algo, cuando su angelico semblante fué demudado por una expresión de espanto.

En el umbral de la puerta del aposento en que los dos hermanos sostuvieron el corto diálogo que hemos copiado, acababa de aparecer la temible y poderosa figura de Paulovich.

El miserable envolvió a los dos hermanos en una mirada de desdén, y con su voz bronca y burlona, exclamó:

— ¿Puedo yo saber lo que habláis con tanto sigilo y misterio?

Boris, poniéndose en pie como impulsado por un resorte, avanzó unos pasos hacia su infame tutor

y con acento vibrante de cólera, respondió:

— ¡Si, lo puedo usted saber! ¡Mi hermana me ha dicho que anoche la trató usted como un canalla, como un cobarde!

— ¡Como vuelva usted a repetirlo...!

— ¿Qué harás tú, despreciable muñeco?

— ¿Qué haré?

— Sí.

— Tan cierto como quiero a Olga más que a todas las cosas y personas de la tierra, ¡tan cierto es que lo mataré a usted!

Paulovich acogió con una risotada estas amenazadoras palabras

— ¡Por quien soy que me divierte en lugar de enojarme tu furor, insensato mozalbete! ¡Desafíame a mí! ¡Ah, ah! ¡La verdad es que voy a reírme hasta el fin de mis días! ¡Tu arrogancia es tan grotesca como la del simio que retase a un león!

— ¡Sin embargo, como a pesar de saber quién soy yo, no me conoces bien todavía, voy a escarmantarte, dándote una lección ejemplar!

Esto diciendo levantó el brazo, dejando caer su puño cerrado sobre el pecho de Boris, que retrocedió unos pasos tambaleándose y gritando de rabia y de dolor.

Seguidamente sacóse el revólver y, encañonándolo contra su desigual enemigo, vociferó:

— ¡Como hagas un solo movimiento, pronuncies una palabra injuriosa o de amenaza, te meto cinco balas en el cuerpo!

Olga, con una abnegación y un heroísmo sublimes, se interpuso entre el arma y su hermano, escudando a éste cor su cuerpo estatuario y virginal, diciendo:

— ¡Es usted un malvado... un cobarde!

— ¡Y, además — replicó Paulovich con sorna—, tu futuro esposo!

— ¡Jamás! declaró Olga — ¡Antes preferiría cien muertes!

— ¡Bah! Dentro de ocho días, lin-

da fierecilla, serás la novia más cariñosa y sumisa del mundo. Me obedecerás, hermosa, porque obediencia me debes, lo mismo que tu hermano! ¡Acaso no soy vuestro tutor?

— ¡Es usted nuestro verdugo!

— ¡Silencio! ¡Oigo pasos! ¿Quién puede venir aquí sin que yo lo sepa de antemano?

Pronunciadas que hubo estas palabras, se encaminó hacia la puer-



Sorprendido y desprevenido...

ta; pero antes de llegar a ella, apareció la arrogante figura de Carlos Masters.

Paulovich lo midió de arriba abajo con el ceño fruncido, preguntándole desabridamente:

— ¿Quién es usted? ¿Qué busca usted?

— ¿Podría darme usted algunos informes sobre el Valle del Misterio y, particularmente, acerca de cierta mina de oro abandonada?...

Paulovich reflexionó unos segundos; luego, dirigiendo una recelosa mirada a los dos hermanos que estaban juntos y conversaban en voz baja, respondió al inesperado viajero:

— ¡Algo puedo decirle a usted, no gran cosa! Lo siguiente: ¡que han sido muchos los hombres que buscando el oro de la mina, dejaron su pellejo en el valle!

— ¡Sabido esto, medite usted bien

Lo que ha de hacer!... Yo no puedo ser más explícito ni tengo más tiempo que perder...

Carlos no quiso insistir. Sentía en lo profundo de su ser una repentina y fuerte antipatía, casi odio, hacia aquel hombre que se expresaba de un modo tan jactancioso y dominador.

En cambio, ¡bastó ver la grácil y hechicera figura de Olga para experimentar hacia ella una avasalladora atracción.

—Podrían darnos aquí algo de comer, pagando por supuesto?

—Naturalmente. ¡Esa joven los atenderá a ustedes! —repuso Paulovich marchándose.

Carlos y el muchacho sentaronse a una mesa tosca, en la cual Olga fué dejando los escasos manjares que podía ofrecer...

Anhelando tratar conversación con tan preciosa criatura, Carlos Masters dijo, luego de comerse en silencio un trozo de pan y un pedazo de carne:

—La verdad es, señorita, que los escasos informes que me ha dado el hombre que ha salido de aquí hace un cuarto de hora, no son muy halagadores! Pero supongo que habrá cierta exageración en sus palabras...

—Exageración? ¡No, por cierto! —se apresuró a confesar Olga.

—De manera que el *Valle del Mistrio*... y, sobre todo, esa antigua mina de oro... son una especie de palacio encantado donde perecen cuantos se atreven a entrar en él?

—Exactamente, señor! ¡Ningún aventurero ha salido vivo de este siniestro valle!

—Entonces yo seré el más afortunado —declaró Carlos Masters sonriendo—, porque saldré sano y salvo de él!

—Luego está usted decidido irrevocablemente a proseguir sus pesquisas?

—No me harían desistir de ese empeño una legión de diablos, señorita!

La hermosa Olga exhaló un profundo suspiro y se acercó a su hermano que, en un rincón del aposento, sentado en un rústico banquillo, tenía la cabeza apoyada en las manos.

Los dos jóvenes cambiaron unas cuantas palabras en voz baja, acercándose después ambos a los viajeros.

—Si tan resuelto está usted a ir en busca de esa mina —dijo Olga sin más preámbulos—, llévenos también a nosotros... a mi hermano y a mí.

Sus bellas y varoniles facciones reflejaron un asombro inaudito. Sin duda esperaba cualquier cosa menos tan insólita petición.

Espoleado por la curiosidad, preguntó:

—Y por qué quieren ustedes venir conmigo, sin ni siquiera conocerme ni saber quién soy? ¿Qué interés pueden tener ustedes por hallar una mina que tan funesta suele ser, según... ha dicho usted, señorita, para cuantos la buscan?

El joven Boris intervino diciendo:

—Esa mina la descubrió mi padre, registrándola a su nombre... Regresó a nuestro lado para darnos la grata nueva, lleno de júbilo y de orgullo... Luego volvió a este valle, en el cual, según sus previsiones, estaría sólo unos meses; pero en él se quedó para siempre... en él lo perdimos para siempre...

Pronunciadas estas palabras, los dos hermanos se quedaron mirando al audaz viajero con expresión suplicante y anhelosa, como si de la respuesta que iban a oír de sus labios dependiese su propia vida.

Carlos Masters meditó unos momentos, al cabo de los cuales declaró:

—De buena gana accedería a su deseo, pero presento que voy a emprender una aventura llena de riesgos y peligros, y no puedo consentir que ustedes los compartan. Es preferible que se queden ustedes aquí...

— ¡Aquí es precisamente donde a mi hermano y sobre todo a mí, nos amenazan los peores peligros!

— ¡Cielos! ¿Qué dice usted, señorita?

— ¡Desgraciadamente, una dolorosa y terrible verdad! El hombre con quien ha hablado usted un momento apenas llegó, es un infame, un monstruo de vileza, una bestia repugnante... ¡Ah! ¡Nuestro padre inolvidable nos dejó al morir bajo su tutela, bien ajeno a pensar que sería nuestro verdugo!

Olga lo enteró en pocas palabras del execrable cautiverio a que estaban sometidos su hermano y ella, y los brutales tratos de que era víctima por negarse a ser su esposa.

— ¡Protéjanos usted, señor! ¡Amárenos y sáquenos de este infierno! — terminó explicando la dolorida criatura.

El pequeño Pedrín se apresuró a responder por su tío, exclamando:

— ¡Hazlo, tío Carlos! ¡Defiende y ayuda a esta muchacha! ¡Ah! ¡Cuánto te querré si la proteges y amparas!

— ¡Tú mandas en mí, pequeño, y yo te obedezco! ¡Vendrán ustedes con nosotros!

Unos momentos después convinieron que la marcha tendría lugar al día siguiente antes del amanecer y con el mayor sigilo

II

Comenzaba la primera luz del alba a blanquear la cerrazón de tinieblas por Oriente, cuando los cuatro aventureros emprendieron el camino.

— No sé por qué —dijo Olga atusando las tinieblas en todas direcciones—, tengo el presentimiento de que nos espian y acechan.

— Quizá hay hombres escondidos y adictos a Paulovich tras aquellos pinares o tendidos en aquella maleza que nos están esperando.

Carlos propuso entonces hacer un

reconocimiento por los alrededores, prometiendo reunirse en seguida con sus amigos.

— No se aleje usted mucho de nosotros —objetó Boris— y si le ocurre algún percance pida auxilio, llámenos, que acudiremos en su ayuda.

— Desechen todo temor y quedense tranquilo — replicó con la sencillez peculiar a todos los hombres verdaderamente valientes

— Yo quiero acompañarte, querido tío —exclamó Pedrín.

El audaz y arrogante mozo levantó en alto al bravo muchacho y luego de besarle le dijo en voz baja:

— Te has de quedar junto a esta hermosa señorita, Pedrín, para velar por ella, ¿me comprendes, querido niño?

Esto diciendo, Carlos se alejó.

Por consejo de sus amigos, el caminante que tenían que emprender pasaba por delante de la guarida del idiota a quien la mañana anterior halló a la puerta de su celda haciendo un hoyo en tierra.

Extrañado sobremanera Carlos de encontrarlo ya en pie a una hora tan temprana, se acercó a él; pero cuando solamente lo separaban de su madriguera unos cuantos pasos vió surgir de entre unos peñascales al infame Paulovich y cinco hombres que, revólver en mano, lo rodeaban en el relampaguear de unos momentos.

Sorprendido y desprevenido, Carlos no tuvo tiempo de requerir su revólver.

La recia voz de Paulovich ordenó a sus secuaces:

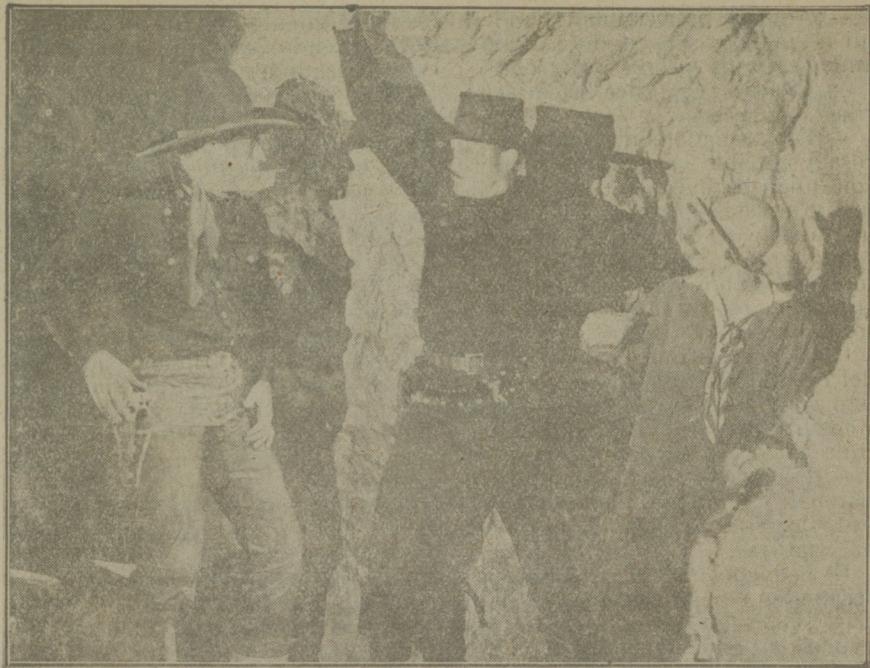
— ¡Esarmad a este majadero! ¡Ni un grito, ni un gesto, si no quieres dar el salto de pulga que te separa del infierno!

» ¡Conque buscas la mina de oro?

» Pues bien, por ahí se entra en ella —añadió extendiendo la mano hacia la guarida del viejo idiota.

» ¡Adelante! ¡Sigueme, sumiso y obediente como un corderillo si en algo estimas el pellejo!

» No podías llegar más a tiempo.



—¡Manos arriba, asesino!

Me hace falta un hombre joven y robusto como tú.

Mientras hablaba de este modo, cruzaba la entrada de la cueva; Carlos, indefenso y rodeado por cinco enemigos cuyos revólveres le empujaban con el cañón, obligándolo

a andar y obedecer, le seguía los pasos con expresión sombría.

Enfilaron un corredor que se abría al extremo de la cueva y llegados que hubieron a una explanada, a ambos lados de la cual se veían varias galerías, Paulovich se detuvo.

»Ahora, escucha bien lo que voy a decirte, y procura cumplir mis órdenes al pie de la letra bajo pena de muerte...

»Por no haberlas obedecido, ayer mismo maté como a un perro a un tal Masters...

Un grito que nada tenía de humano se escapó de la garganta de Carlos.



—Tom, el Tonto, no sabe nada...

EL VALLE DEL MISTERIO

Drama del Oeste
interpretado por el
insuperable

Tom Tyler
y el precoz artista
Frankie Darro

SELECCIONES
CINÉS

Gran Vía La Jetana, 53
BARCELONA



Aquellos hombres que siempre le habían obedecido...



Expiraría sin exhalar una queja...

—¿Qué has dicho, infame..., qué hiciste ayer? ¿A quién asesinaste ayer, cobarde, monstruo?

Al mismo tiempo, haciendo caso omiso de las armas que le rozaban el cuerpo con la boca mortífera, de las zarpas que lo sujetaban, y dando un salto increíble, se plantó ante Paulovich.

Daba miedo ver su rostro contraído por una expresión de odio y de dolor sobrehumanos, en el que sus grandes y negros ojos lanzaban chispas de fuego.

Transcurrieron unos segundos durante los cuales los enemigos de Carlos Masters, como

paralizados por el asombro, no supieron qué hacer.

Al mismo Paulovich parecía que sus nervios y tendones, repentinamente relajados, no podían obedecer su voluntad, siempre cruel y sanguinaria.



Carlos Masters guardó silencio...

Se produjo una especie de tumulto al abalanzarse todos a la vez como la jauría contra el jabalí, intentando sujetar al enfurecido mozo.

— ¡Pronto, asesino! ¡Dime qué has hecho de tu víctima!

» ¿Por qué asesinaste a mi hermano, Caín maldito?

Esta última pregunta dió a comprender a todos la temeraria actitud del intrépido buscador de oro, cuyo puño derecho cayó con fuerza irresistible sobre el pecho de Paulovich, obligándole a retroceder, dando un rugido de cólera.

— ¡Ira del cielo! ¡Sujetad a este bellaco! — rugió con voz de trueno.

— ¡No lo matéis aquí a tiros! Cuatro balazos le causarían una muerte demasiado rápida y suave.

— ¡Te arrancaré el corazón con mis manos, infame! — aulló Carlos, intentando atrapar por el pescuezo el verdugo de su hermano.

Mal lo hubiera pasado el feroz Paulovich si las zarpas de Carlos Masters, como formidables tenazas, hubieran hecho presa en su garganta.

Pero, afortunadamente para él, se le ocurrió a uno de sus hombres la idea de golpear la cabeza de Carlos con la culata de su revólver, dejándolo medio desvanecido, con los brazos inertos a lo largo del cuerpo y las piernas vacilantes como si se negaran a sostener el peso de su cuerpo arrogante y atlético.

Cuando nuestro amigo, al cabo de un fugaz momento recobró su energía, se hallaba sólidamente amarrado.

Una risotada burlona resonó en la siniestra cueva, y seguidamente dijo Paulovich

— ¿Conque hermano de Masters? ¡Pronto te reunirás con él en los infiernos, adonde él ya ha dormido esta noche como un borrego!

— ¡Pero tú harás ese viaje por un camino más difícil y pedregoso! ¡A tí lo maté ayer a tiros, como a un

perro rabioso!... ¡No quiero hacer ahora lo mismo contigo!

— ¡Malvado! ¡Cobarde, asesino! — vociferó Carlos forcejeando en vano por libertarse de las cuerdas que lo sujetaban.

— ¡Cesa ya de vomitar insultos inútiles! ¡Estás en mi poder y no hay fuerzas humanas ni divinas que te libren de mi castigo!

»Tú mismo has pronunciado tu sentencia de muerte, y tú mismo también serás quien la ejecute. De manera que has desempeñado el papel de juez y te resta cumplir el de verdugo.

Y ordenó a sus sicarios:

— ¡Llevadlo allá!

Y Paulovich señaló un rincón del antro al través de cuyas resquebrajaduras penetraban ya los maravillosos rayos del Oriente.

— ¡Ponedlo con los brazos en alto y con una cuerda atada a ese gancho de hierro!

» ¡Ah, ah! ¡Bonita postura la tuyá, barbián! A buen seguro que no la soportarás una sola hora... Y ¿sabes lo que ocurrirá cuando la fatiga te obligue a bajar los brazos y tirar, por lo tanto, de la cuerda atada a ese gancho?

» ¡No, no lo sabes! ¡Cómo has de saberlo? Yo te lo voy a decir. Ocurrirá que harás funcionar el resorte de cierto mecanismo, haciendo estallar una bomba de dinamita que te hará pedazos.

» ¿Qué te parece, pues, la suerte que te aguarda? ¡Sencillamente horrible! ¡No es cierto?

Carlos Masters guardó silencio, sin aterrarse lo más mínimo.

Sabía que en aquella ocasión, como siempre, se cumpliría lo que dispuesto tenían las aciagas fuerzas del destino o la voluntad de Dios, y conservaba en su noble y valeroso corazón una débil esperanza.

Apenas lo hubieron puesto de la manera indicada por Paulovich, en el angosto antro penetró un perso-

naje que no esperaban ni él ni sus cobardes enemigos.

Nos referimos al pequeño Pedrín.

—¿Quién es este arrapiezo? — barbotó Paulovich frunciendo el ceño. — ¡Ah! Ya lo recuerdo. Lo vi ayer en el rancho con este imbécil.

— ¡Tío, querido tío Carlos! — exclamó el muchacho intentando acercarse al hermano de su padre.

Pero se lo impidió el brazo de Paulovich, cuya mano lo cogió por un brazo.

Entonces, fijándose bien en el despejado rostro del muchacho, exclamó:

— ¡Diantre! Este zagal se parece al muerto como una gota de agua a otra.

El misero muchacho tembló de los pies a la cabeza, mirando a Paulovich con los ojos desorbitados por el horror.

Sonriendo como un demonio, el siniestro minero le preguntó:

— ¿Cómo se llamaba tu padre, chaval?

En lugar de responder, Pedrin dirigió sus hermosos e inteligentes ojos hacia su tío, guardando silencio.

— ¡No me has oído? ¡Ira del cielo! — aulló Paulovich sacudiendo a la frágil personilla como un arbolillo zarandeado por el huracán.

Entonces intervino el prisionero:

— ¡Su padre, miserable, era el infeliz que tú asesinaste ayer cobarde mente, traidoramente!

— ¡Acabáramos! — dijo Paulovich —. Conque hijo de Jim Masters. ¡Perfectamente! Vienes como anillo al dedo, muchacho. En la mina hace falta un pequeño trabajador, y desde este momento quedas condenado a buscar en ella oro para mí hasta que revientes.

— ¡Mírame bien! Yo soy Alejo Paulovich. Como no me obedezcas ciegamente, te mataré a tiros como maté ayer a tu padre.

Las lindas facciones del misero Pedrín palidecieron espantosamente, su cuerpecillo fué agitado por

un temblor convulsivo, y un débil sollozo se escapó de su garganta.

Con los ojos arrasados de lágrimas volvió la cabeza hacia su tío, cuyo rostro expresaba un dolor indecible, y en el cual brillaban los ojos con un fulgor asustador.

— ¿Cuándo y con quién has venido aquí? — preguntó Paulovich con voz amenazadora, lleno su cerebro de una sospecha.

El muchacho guardó silencio.

— ¡Llevadlo a la mina! — barbotó el miserable —. ¡Es de la misma madera que su padre y no quiero cometer con él un disparate en un acceso de cólera! Atadlo a mi vista.

Uno de sus hediondos secuaces se apresuró a obedecer.

De improviso llegó a sus oídos una voz conocida que también percibieron los oídos de Paulovich, el cual, profiriendo una espantosa blasfemia, abandonó la cueva minada con dinamita.

— ¿Qué ocurría?

En pocas palabras lo referiremos.

Alarmados Olga y su hermano por la tardanza de su valeroso protector en reunirse con ellos, y temerosos de que hubiese ocurrido un grave percance, decidieron buscarlo por las cercanías.

Los dos hermanos eran oprimidos por angustiosos presentimientos.

A la incierta claridad matinal, que iba gradualmente dando a las cosas su verdadero contorno y colorido, descubrieron de pronto algo que los dejó yertos de estupor.

Escondidos en unos enormes peñascos vieron al viejo de la gruta gesticular vivamente con una persona aborrecida.

Esta persona era Paulovich.

Boris y Olga se miraron con expresión angustiada e interrogadora.

La presencia, a una hora tan insólita, de su cobarde y cruel verdugo en la guarida del viejo idiota, y el animado diálogo que con él sosténía, no presagiaba nada bueno para el audaz buscador de oro...

— Bien me decía el corazón que

nos espiaban — murmuraron los temblorosos labios de Olga—. Si nuestro amigo ha caido en poder de ese demonio con figura humana, quizá no vuelvan a verlo nuestros ojos...

»¿Qué hacemos, querido Boris?

—Ir en auxilio de nuestro protector.

—A la cueva de ese horrible brujo?

—Sí.

—Ya ha desaparecido en ella el maldito Paulovich—anunció la muchacha que no apartaba los ojos de aquella madriguera mientras conversaba con su hermano.



... agarrotado por uno de los antiguos secuaces...

La corta y ansiosa conversación que hemos transcrita, escuchada avidamente por Pedrín, hizo adoptar al heroico muchacho una decisión repentina.

Y apartándose de los dos jóvenes, que en vano lo llamaron repetidas veces, echó a correr en dirección de la cueva, penetrando en ella sin que lo viese su espantoso carcelero.

Como ya habrán imaginado nuestros lectores, el viejo habitante de aquella madriguera era un cómplice del infernal Paulovich, su brazo derecho, como vulgarmente se dice, y su sordera y su idiotez eran una pura farsa para secundar mejor los criminales proyectos de su amo.

Se hallaba el supuesto idiota a la puerta de suantro cuando vió acercarse a Boris y Olga.

Entonces adoptó la actitud furiosa y hostil que le era habitual.

Boris, apenas estuvo a su lado, le preguntó resueltamente:

—Oye, viejo farsante, ¿dónde está Paulovich?

El astuto personaje encogióse de hombros...; pero sus ojos, y su fisonomía perversa y embaucadora, revelaron claramente que había oido y entendido claramente la pregunta que acababan de dirigirle.

Por lo cual, el hermano de Olga añadió con acento sarcástico:

—De modo, miserable, que tu sordera es una comedia, una farsa, una estratagema?

Los ojos del supuesto brujo brillaban con fulgor siniestro.

Su joven interlocutor le amenazó con un cuchillo, única arma que el cauto y perverso Paulovich se había descuidado en el rancho, pues sus numerosos rifles y pistolas los tenía bien guardados, y el malvado viejo, a modo de una fiera acorralada, anhelaba encontrar un sitio por donde huir.

Ciertamente que pidiendo auxilio atraería en seguida tal vez a su amo que sólo el diablo sabía lo que en aquel instante estaría haciendo con el prisionero.

Quizá, como a tantos otros, lo expedia en un viaje sin regreso para el otro mundo.

Pero el miedo paralizaba su facultad de gritar, además de la creencia de que si gritaba, el arma cuya acerada hoja blandía Boris ante sus ojos, encontraria vaina en su decrepito cuerpo.

Su enemigo añadió:

—Te doy un minuto de tiempo para hablar. ¿Dónde está Paulovich y qué ha venido a hacer tan de madrugada a esta madriguera?

Esta última pregunta la percibió el aludido, que saliendo del oscuro y angosto pasillo que daba a la

cueva, apareció ante los dos hermanos.

— ¡Paulovich! — exclamó Olga con voz trémula de espanto.

— ¡El mismo! ¡Te asusta verme, querida y hermosa paloma? — preguntó con sorna el bandido. — Y sin embargo, habrás de ser mía, mi esposa dócil y abnegada, obediente y cariñosa.

»Pero no hablemos ahora de nuestro futuro y feliz enlace. Es prematuro tratar de ese asunto. Antes vamos a arreglar nuestras cuentas y entendernos de una vez para siempre. En cuanto a ti, muchacho — dijo a Boris — ya puedes tirar ese chisme inútil.

»Yo voy a saciar tu curiosidad. ¿No deseas saber qué he venido a hacer aquí?

»Pues bien, he venido a cazar a un pobre bobo, al inquieto buscador de oro que ayer se presentó en el rancho, y del que hoy, antes de amanecer, habéis salido vosotros con él.

»Como veis, estoy bien enterado de vuestras inocentes trapacerías.

»¿Qué imaginabais, infelices? ¡Arrebatarme a mí, Alejo Paulovich, la mina de oro que tantos incautos han buscado con el corazón lleno de codicia en este valle? ¡Tramabais, además, quitarme de en medio?

— ¡Bien merecen un castigo parecido tus viles infamias! — declaró Boris —, y lo tendrán más tarde o más temprano.

»Día llegará en que la justicia de los hombres y luego la de Dios, más terrible e inexorable, te exija estrechas cuentas de tus crímenes.

— No digas sandeces, muchacho. Alejo Paulovich sabe nadar y guardar la ropa, y nunca jamás comparecerá como acusado ante ningún tribunal de la tierra.

»En cuanto a la justicia de Dios, ¡bah! ¡El Padrecito Eterno ni siquiera se cuida de los odios y los amores, las ambiciones y las luchas de los miserables mortales!

»Somos nosotros los que hemos de afanarnos por nuestro propio bienestar y nuestra ventura. Voy a invitaros a la concordia y la amistad. Si rechazáis mis proposiciones, no os quejéis ni culpéis a nadie de lo que pueda ocurrir, pues vosotros habréis sido los factores de vuestra desdicha.

— ¡Nada queremos contigo, miserable! — replicó Boris. — Nos has espiado, nos has robado e involucras lo que es nuestro, la mina descubierta por nuestro padre, el rancho creado con su esfuerzo y trabajo.

— ¡Estas son vuestras estúpidas exigencias! — bramó Paulovich —.



— La verdad es, señorita, que los escasos informes...

¿Es posible que ignoréis que en este valle soy el amo, y que cuantos en él viven han de obedecer y someterse a mi voluntad?

— ¡Nosotros, no!

— Entonces... entonces... temblad, insensatos. Porque tan cierto como brilla el sol sobre nuestras cabezas, Alejo Paulovich os romperá como si fueseis de vidrio.

»Pero no quiero llegar a ese extremo; no quiero mostrarme con vosotros, tan terrible e inexorable.

»Quiero, por el contrario, ser indulgente y generoso. ¿Por qué? ¡Ah, ya lo sabéis! En esa divina cara — añadió con las pupilas inflamadas de lujuria fijas en Olga —,

brillan unos ojos como dos luceros que han de mirarme algún día con amor.

— ¡Jamás, hombre maldado de la estirpe de Caín! — declaró Olga, irguiéndose como una lanza.

— Te digo — aulló Paulovich rechinando los dientes — que serás mía, completamente mía, eternamente mía. Y hoy mismo, antes de que el sol se hunda en su ocaso, has de hacerme esa promesa, jurando del modo más solemne cumplirla.

Seguidamente, el espantoso personaje llamó con su voz de trueno.

— ¡Aquí mis hombres!

Inmediatamente comparecieron varios de sus cómplices y extendiendo el brazo hacia los dos hermanos, ordenó:

— ¡Conducid a esta pareja al *Agujero del Diablo*! Y tenedlos allí encerrados hasta que yo regrese, bien vigilados... ¡De ellos me responderéis con vuestra propia cabeza!

Era tan grande el terror que inspiraba Paulovich a cuantos obedecían sus órdenes como verdaderos y miserables esclavos, que ninguno de sus secuaces se atrevió a chistar.

Todos sabían por experiencia ajena que jamás amenazaba en vano.

Boris y Olga dejáronse llevar como conducidos por la mano de la Fatalidad al mencionado sitio, preguntándose ambos para sus adentros por qué se le denominaría el *Agujero del Diablo*.

No tardarían en saberlo.

Unos momentos después se hallaban encerrados entre cuatro paredes rocosas alumbradas por varias lámparas de petróleo.

Aquel angosto encierro, lo mismo que el que ocupaba Carlos Masters, estaba minado por dinamita. Para producir el estallido del terrible explosivo bastaba al fingido idiota tirar de un bramante que colgaba a la entrada de su antro.

Nadie, empero, conocía este detalle, a excepción del infernal Paulovich y del falso idiota.

— ¡Dentro de un par de horas estaré de regreso! — se despidió Paulovich del viejo —. ¡Si ocurriese algo contrario a mis órdenes y deseos, ya sabes lo que tienes que hacer!

— ¿Tirar de aquel alambre? — inquirió el supuesto idiota sonriendo de un modo espantoso.

— Exactamente.

Pronunciada esta respuesta, Paulovich salió delantro, bien ajeno a pensar en la sorpresa que tendría a su regreso.

III

Afirma un sabio refrán que en este mundo no hay enemigo pequeño, y el acierto y verdad de esa sentencia popular quedaron bien demostrados en los auténticos hechos que estamos refiriendo.

Al marcharse de la madriguera el miserable Paulovich, tenía por descontado que cuando a ella regresara, el prisionero, incapaz de sufrir más tiempo el tormento a que lo condenaba su postura, habría hecho estallar, bajando los brazos, el terrible artefacto situado encima de su cabeza.

Por un milagro de la voluntad, nuestro amigo pudo soportar durante dos angustiosas horas el suplicio a que lo habían condenado, al que pondría fin una muerte horrible.

El desgraciado e indomable mozo casi no abrigaba ya la más leve esperanza de salvación.

Sin embargo de estar convencido de su próximo fin, ni siquiera cruzó por su cerebro la idea de implorar perdón y misericordia al perverso asesino de su hermano.

Espiraría, pues, sin exhalar una queja ni pronunciar un ruego, hecho pedazos.

Estas eran las reflexiones que a sí mismo se hacía el prisionero, cuando su fino oído percibió el leve

rumor de unos pasos cautos y cortos.

Entonces, animado todo su ser por una indefinible esperanza, enfocó su anhelante mirada en la dirección de que provenía el ruido... y... ¡cuál no sería su asombro y al mismo tiempo su júbilo al divisar la figurilla de Pedrín!

—¡Vengo a salvarte, querido tío! —dijo el muchacho con voz radiante de alegría—. ¿Qué debo hacer?

—Acércate, niño querido, y corta la cuerda que hay encima de mis manos... Pero no te cuelgues de mis brazos, ¿comprendes?

—¡Sí, tío Carlos!

Y con una agilidad ardillesca, Pedro trepó por la abrupta y rocosa pared, con un pequeño cuchillo entre los dientes.

Una vez encaramado a la suficiente altura, sosteniéndose agarrando a la pared con la mano izquierda, cortó con la otra, armada del pequeño útil, la cuerda fatal.

Luego hizo lo mismo con las que sujetaban las muñecas del prisionero.

—¡Libre! —exclamó éste exhalando un profundo suspiro—. ¡Ahora podré vengarme! ¿No te ha visto nadie?

—¡No, tío!

Carlos dió un fuerte abrazo contra su corazón al valiente muchacho y luego lo besó repetidas veces, sin pronunciar palabra, porque tan intensa era su emoción, que no hubiera podido hablar sin llorar.

—¿Y nuestros amigos? —preguntó al cabo de unos instantes, cuando se hubo librado de las ligaduras que sujetaban sus pies.

—Están en poder de aquel hombre!

—¿Paulovich?

—Sí.

—¿Está ese infame aquí?

El muchacho hizo un gesto afirmativo.

—¡Ah! ¿Cómo procurarme un revólver? —murmuró Carlos Masters con acento desesperado.

Pedrín le dijo unas cuantas palabras al oído. El guapo semblante de nuestro amigo resplandecía de júbilo, oyendo lo que aquél le comunicaba.

—¡Guíame adonde está ese centinela!

—Sigueme, tío Carlos.

Entretanto había regresado Paulovich, y luego de cerciorarse de que durante su ausencia no había ocurrido novedad alguna, ordenó a uno de sus cómplices que fuese en busca de la hermosa Olga.

Cuando ésta compareció ante él, le preguntó:

—¿Qué has decidido? ¿Accedes a ser mi esposa?

—Jamás! —repitió la valerosa muchacha.

—Entonces prefieres que sucumba tu hermano?

Pálida como un sudario, la infeliz se quedó mirando a su verdugo con los ojos agrandados por el horror.

Satisfecho del efecto que habían producido sus palabras, el miserable añadió:

—Sí, tu hermano morirá!... Tu hermano sólo... porque tú habrás de ser mía a la fuerza... Y después...

—Maldición! ¿Qué significa esto?

El malvado profirió estas palabras al mismo tiempo que una voz poderosa y autoritaria decía:

—Manos arriba, asesino!

Un fantasma no le habría infundido más espanto que el ver a Carlos Masters, acompañado de Boris y de tres secuaces, apuntándole con sus revólveres.

—No le engañaban sus ojos. Aquellos hombres que siempre le habían obedecido y temido como esclavos se rebelaban contra él, libertando al prisionero?

Así era en efecto; Carlos Masters había obrado aquella especie de milagro, infundiendo en aquellas almas, envilecidas y encanalladas, un vestigio de honradez y dignidad.

Momentos antes, había caído co-

mo un rayo sobre el vigilante de Boris, aséstandole unos cuantos puñetazos y quitándole el revólver.

— ¡No me mate usted! —imploró el vencido centinela—. Perdóneme la vida y I obedeceré... ¡Le juro que mis compañeros y yo odiamos a Paulovich!

— ¡Y le obedecéis y secundáis en sus crímenes!

— ¡Por miedo! ¡Nos tiene aterrados... pero le aborrecemos!

— Pronto lo sabré! ¡Y si es cierto, para todos vosotros os brindará el porvenir holgura y dignidad!

Diez minutos después la palabra fogosa y dominadora de Carlos decía a aquellos cobardes a rebelarse contra el malvado Paulovich...

Este no acababa de dar crédito a lo que veían sus ojos...

— ¡Atad a ese hombre sin conciencia ni corazón, a ese empederado criminal! —ordenó Carlos sin dejar de encanionar el arma contra el matador de su hermano—. Debería liberar a la humanidad ahora mismo de un reptil tan ponzoñoso, arrancándolo a balazos, pero no

quiero tomar la justicia por mi mano

— Hoy mismo será entregado, junto con este horrible viejo —añadió señalando al falso idiota convenientemente agarrotado por uno de los antiguos secuaces de Paulovich, al sheriff más cercano, y no habrá justicia en la tierra si ambos no acaban su criminal existencia en la horca.

— En cuanto a ustedes, amigos míos — añadió dirigiéndose a Boris y Olga —, ya están libres de sus verdugos y han recobrado lo que es suyo... ¡Que sean felices! Yo, cumplida mi misión, no tengo nada que hacer aquí.

— ¡Se equivoca, señor! —intervino Olga con los ojos suplicantes, arrasados de lágrimas—. ¡Usted tiene que compartir nuestra ventura y nuestra riqueza!

Y era tan acariciadora y amante la mirada de aquellos divinos ojos de mujer, que Carlos Masters sintió prisionero de su dulzura y su ternura.

— ¡Y prisionero continúa!

FIN

LA SIGUIENTE NOVELA DE ESTA PRECIOSA COLECCION

EL REY DE LOS JINETES

SE PONDRA A LA VENTA LA SEMANA PROXIMA

LAS GRANDES OBRAS MODERNAS - Publicación periódica

Calle de Londres, 188 - BARCELONA